

RELACIONES PARATEXTUALES Y TEXTOS CULTURALES EN *UN MUNDO PARA JULIUS*

Juan Carlos González Vidal
FLLH-UMSNH

Introducción.

En anteriores ocasiones nos hemos ocupado de los aspectos de *Un mundo para Julius*¹ que anunciamos en el título del presente trabajo (vd. González Vidal, 1997 y 2005), sin embargo, vistos retrospectivamente, en esos análisis faltaron algunas precisiones importantes.

En *Un mundo para Julius* aparecen varios paratextos, entre ellos, un refrán alemán y dos fragmentos de texto: el primero de *Médée. Nouvelles pièces noires*, de Jean Anouilh, y el segundo de *Beau masque*, de Roger Vailland. Para precisar su funcionamiento en relación con la novela, nos ocuparemos primeramente

de describir ciertos procesos de producción de sentido en esta obra de Bryce; en una segunda fase, pasaremos a determinar los puntos de ensamblaje semiótico entre las dos clases de entidad. Procederemos de igual manera en lo concerniente al texto cultural que aquí trabajaremos.

El itinerario actancial de Julius.

Una de las características del itinerario actancial de Julius es el desarrollar acciones transgresoras. Desde el principio de la narración nos encontramos con un sujeto instaurado que se siente atraído por una serie de objetos. La particularidad de la relación sujeto-objeto es que se halla regulada por el conjunto sémico **atracción por lo prohibido**. Es decir entonces, que para pasar del estado inicial de disyunción al de conjunción, el actante principal deberá soslayar principios y reglas establecidos. La configuración mencionada se manifiesta con la yunción:

La carroza y la sección servidumbre ejercieron siempre una extraña fascinación sobre Julius, la fascinación de “no lo toques, amor, por ahí no se va, darling.” (p.10)

1 Todas las citas corresponden a la siguiente edición: *Un mundo para Julius*, Barcelona, Argos-Vergara, 1970.

Así, la alternativa para el sujeto es respetar la prohibición o unirse con el objeto de deseo. En consecuencia, siempre que se verifique un cambio de estado en esta relación, habrá una acción transgresora.

Si vemos ahora los objetos por lo que Julius se siente atraído en el desempeño de su rol actancial, nos percataremos de que la acción transgresora involucra la ruptura con principios identitarios de clase. Entre tales objetos de deseo se encuentran, además de los mencionados en la cita precedente: a)- la caja del Club Amigos de Huarcocondo —bajo la custodia de Celso, uno de los mayordomos—, b)- los mendigos de Chosica, c)- Peter —el pintor norteamericano que Julius conoce en Chosica—, y d)- Cano —el compañero pobre del colegio de Julius. En cada una de estas relaciones se enuncian obstáculos de orden prohibitivo que el sujeto sortea para lograr la conjunción con su objeto. Lo importante aquí es que, de entre los objetos mencionados, uno solo, la carroza del bisabuelo presidente, pertenece al mismo espacio social de Julius. En consecuencia, la mayor parte del tiempo la atracción es ejercida por lo que está fuera de su ámbito de adscripción, que es el de los sectores socialmente dominantes.

La atracción por tal clase de objetos, desde la visibilidad social de la enunciación, se ve como no pertinente, por lo que, en gran medida, la prohibición está determinada por factores de índole socio-económico. Al unirse con el objeto de deseo en su itinerario actancial, Julius rebasa límites establecidos y legitimados por un grupo social. En el texto original, inmediatamente después de la cita anterior, que expresa el conjunto sémico **atracción por lo prohibido**, aparece una oración explicativa: “Ya entonces su padre había muerto”. (p.10) Esta oración nos parece sumamente importante porque hace alusión al relajamiento de un sistema axiológico en el que se fundamenta una identidad de clase. Hay que considerar, para hacer este tipo de afirmaciones, que el padre de Julius representa los valores de la tradición ancestral, en los que el linaje y la ascendencia tienen un lugar preponderante. Santiago, el hermano mayor de Julius, establece la adscripción del padre a los valores ancestrales:

[a papá] sólo le interesaban las haciendas y el nombre de su estudio y ganar juicios, sólo pensaba en el nombre de la familia [...] (p.75)

Además, manifiesta un paralelismo entre el padre y el palacio original: “[...] correspondía perfectamente al temperamento de papá.” (p.75) Este palacio es el lugar de preservación de las tradiciones familiares, con sus muebles, sus cuadros y sus vajillas que testimonian la vigencia de ciertos valores. El espacio primario de adscripción de Julius es, pues, el de la tradición ancestral.

Retomemos el asunto relativo al relajamiento de este sistema axiológico. Todo discurso identitario tiene por función situar al sujeto en una relación de pertenencia a un grupo, de manera que su rol tenderá a definirse en el marco de las interrelaciones que operan entre los miembros de una comunidad. Los factores de unión descansan en una serie de valores que han sido institucionalizados y legitimados, de forma que cuando alguno de los miembros no acata los principios colectivos, se expone, cuando menos, a una reprobación por su conducta.

En el caso que nos ocupa, el hecho de que los límites constituidos por la tradición ancestral comiencen a ser rebasados de manera frecuente, es un síntoma del relajamiento de la fuerza coercitiva de sus principios. En lo que concierne a Julius, esos principios no pueden contener su acción transgresora. Cada obstáculo que separa al protagonista de su objeto, y que explícita o implícitamente contiene una prohibición, es sorteado por él.

El texto de Bryce reproduce un cambio paradigmático que afecta la conciencia identitaria de una clase que encuentra en la tradición ancestral sus bases cohesionantes. Este cambio paradigmático es la consecuencia de una serie de transformaciones que vivió Perú durante la década de los sesenta del siglo XX, si bien es necesario agregar que su gestación se remonta hasta los años veinte, al periodo del Oncenio.

El hecho es que gracias en gran medida a la penetración de capitales estadounidenses, el eje económico cambió de orientación: de la agricultura de exportación pasó a la industria de transformación, a la minería y a la pesca. Así, fueron surgiendo nuevos paradigmas identitarios: la tradición ancestral comenzó a ser vista como algo disfuncional ante lo novedoso. Un grupo, el denominado industrial-financiero por Henri Favre (1970:176-177), fue el principal beneficiario de este giro económico, y, como es normal, sustentó expectativas diferentes. Entre sus características se encuentran el tener una visión pragmática de las situaciones sociales y una inclinación por lo nuevo, por lo actual.

La continuidad.

A pesar de transgredir constantemente los límites establecidos por la tradición, Julius (conjuntamente con Cinthia al principio de la novela) es quien muestra un mayor apego por los antiguos valores: no se adapta completamente a las nuevas condiciones impuestas por Juan Lucas

(su padrastro), representante de los valores emergentes, y quien a final de cuentas viene a modificar la situación familiar, introduciendo visiones de mundo que se convertirán en el sistema axiológico preponderante. De hecho, las relaciones entre los personajes serán la mayor parte del tiempo de confrontación. Santiago y Bobby, por el contrario, pasan de una relación de oposición a una relación de afinidad con Juan Lucas, lo que indica su adaptación a las nuevas condiciones.

Julius, por ejemplo, se niega a aceptar la concepción práctico-funcional en las relaciones sociales, y desarrolla vínculos de carácter afectivo, y a veces, inclusive, de tipo afectivo-paternalista, como en el caso de los sirvientes y de otros trabajadores de Juan Lucas. Pero por otro lado se siente atraído por lo funcional en lo que a la arquitectura se refiere.

De este modo, Julius muestra simultáneamente una ruptura y una inclinación por lo que representa su padre, por ese mundo que de acuerdo con las nuevas condiciones comienza a ser percibido como anacrónico y disfuncional.

Podemos hablar, pues, de la coexistencia de dos paradigmas identitarios de clase, el de la tradición ancestral y el de los valores emergentes, y ubicar a Julius en un punto intermedio entre ambos. Esta posición genera una dinámica en torno a las nociones ruptura/continuidad, y provoca una oscilación del protagonista entre ambos paradigmas identitarios. Esto es lo que en otros trabajos nos ha llevado a definir a Julius como un personaje de transición (González Vidal, 2005:105).

El itinerario actancial de Julius está determinado por un sistema nocional fundamentado en el opósito ruptura/continuidad. Esta oposición, si se hace una lectura atenta de la novela, se revela como muy importante en los procesos de producción de sentido.

Oposiciones como la anterior se inscriben en la producción cultural de una época marcada por transformaciones socioeconómicas, por la sencilla razón de que las rupturas entre periodos históricos nunca son totales: hay formas de actuación, visibilidades sociales, prácticas culturales que, pese a los cambios, permanecen vigentes —al menos durante cierto tiempo— o se reestructuran. Esto indica una coexistencia —en ocasiones conflictuada— entre pasado y presente. En dicha coexistencia, los elementos nuevos van paulatinamente desplazando a los anteriores.

Relaciones paratextuales.

Los paratextos inscritos, tomados en su conjunto, reproducen la sistemática textual que hemos aislado. Centrémonos primeramente en el texto de Anouilh:

“Raza de Abel, raza de los justos, raza de los ricos, qué tranquilamente habláis. Es agradable, ¿no es cierto?, tener para sí el cielo y también al gendarme. Qué agradable es pensar un día como su padre y el padre de su padre...”

(Jean Anouilh, *Médée, Nouvelles pièces noires*)

En él se pone de relieve una continuidad identitaria a través de las generaciones. La forma de pensar se plasma como un legado que se perpetúa cuando las generaciones subsecuentes lo actualizan, de modo que queda garantizada la preservación de un sistema axiológico. Estamos hablando de un legado de orden simbólico, en torno al cual un sujeto se percibe y es percibido como miembro de un grupo. Es interesante el uso del término “raza” para hacer referencia a una clase social, pues se subraya el aspecto hermético de ese grupo y nos remite a una concepción que se manifiesta reiteradamente en la primera parte de la novela de Bryce Echenique: la pertenencia a una clase está determinada por el nacimiento. La ingeniería asociativa entre *etnia* y *clase social* enfatiza de manera contundente la existencia de contornos identitarios que diferencian a las castas sociales entre sí, y también nos pone sobre la idea de que los criterios demarcatorios son, simultáneamente, de índole económico-cultural y físico. El texto de Anouilh habla de un grupo cerrado que detenta el poder económico y político, razón por la que ocupa el lugar privilegiado en la pirámide social.

La existencia de una identidad de grupo es fundamental para la continuidad y para la cohesión de cualquier clase. En este caso, estamos ante un estrato con una conciencia precisa de lo que es, y de cómo quiere ser percibido.

Desde este punto de vista, el devenir temporal es concebido como una actualización permanente del pasado, sin cambios que signifiquen alteraciones importantes.

En este sentido, el texto de Anouilh es acorde con una de las problemáticas planteadas por *Un mundo para Julius*.

El siguiente paratexto está constituido por un refrán alemán:

“Lo que Juanito no aprende, no lo sabrá nunca Juan.”

En este fragmento de texto, contrariamente al anterior, se destaca la ruptura. En términos generales se hace referencia a un conocimiento no adquirido. La primera parte del refrán alude a un tiempo presente y, conjuntamente con la marca de diminutivo que presenta el nombre propio, se crea la imagen de un individuo en la infancia. La segunda parte incluye un verbo en futuro, y la marca morfológica del diminutivo ha desaparecido, de modo que el efecto que se crea es el del mismo individuo, pero como adulto. El refrán en sí gira en torno a la problemática de un conocimiento no adquirido durante la infancia, que por tal motivo no podrá ser puesto en práctica en la edad adulta.

Si observamos con cierto detalle, veremos que existe una equivalencia actancial y actorial entre el refrán y la novela de Bryce. El sujeto no será competente, por ignorarlo, de poner en práctica un conocimiento. Debido a la interacción semiótica entre el texto y el paratexto, tal conocimiento estará conformado por el sistema axiológico sustentado en la tradición ancestral. En este sentido hay que decir que Julius ignora, parcialmente al menos, algunos de los preceptos básicos de la tradición ancestral, porque su transmisión ha sido interrumpida. La novela, mediante la interacción señalada, ha transferido algunos núcleos de contenido al refrán, y ha facilitado al mismo tiempo indicios de decodificación.

Un refrán de este tipo puede utilizarse en circunstancias y en contextos muy diversos; en cada caso, esas circunstancias y esos contextos establecerán relaciones codiciales específicas con el refrán, y lo adaptarán a sus necesidades. Puede suceder, por ejemplo, que la circunstancia enunciativa sea un lugar de trabajo manual, con lo que el proceso de conocimiento al que se alude en el refrán deberá ser leído de otra manera. Esta clase de fragmentos discursivos son extremadamente maleables, y de eso depende su adaptabilidad.

En *Un mundo para Julius*, las reglas de decodificación y de lectura del paratexto están determinadas por las relaciones actanciales, actoriales y por configuraciones sémicas precisas. Hay que insistir en que la clase social descrita principalmente en la primera parte de la novela, garante de la tradición ancestral, basa su cohesión identitaria en este tipo de valores. Dicho en otros términos, vive esos valores como un legado, que las nuevas generaciones actualizan a través de sus prácticas. La interrupción del legado, contituido en

este caso por bienes simbólicos, viene a quebrantar la continuidad de todo un sistema axiológico, por lo que la base identitaria deberá sufrir modificaciones en su contenido.

Un sistema axiológico se debilita y pierde terreno en el espacio cultural por la aparición de otro (u otros) sistema axiológico, de manera que, al menos durante cierto lapso de tiempo, se genera una situación conflictiva debido a la coexistencia de paradigmas opuestos. En el momento en que uno de ellos adquiere la preponderancia, el conflicto va disminuyendo de intensidad.

Como lo manifestamos anteriormente, la configuración de Julius representa un momento de transición paradigmática, por lo que el itinerario de este personaje estará marcado por una oscilación entre los valores tradicionales y los emergentes.

Es, pues, en este sentido, que decimos que el refrán alemán se adhiere a la noción de **ruptura**.

Finalmente, viene el fragmento de texto de Roger Vailland:

“Recuerdas que durante los viajes a los que nos llevaba mi madre, cuando éramos niños, solíamos escaparnos del vagón cama para ir a corretear por los vagones de tercera clase. Los hombres que veíamos recostados en el hombro de un desconocido, en un vagón sobrecargado, o simplemente tirados por el suelo, nos fascinaban. Nos parecían más reales que las gentes que frecuentaban nuestras familias. Una noche, en la estación de Tolón, regresando de Cannes a París, vimos a los viajeros de tercera bebiendo en la pequeña fuente del andén; un obrero te ofreció agua en una cantimplora de soldado; te la bebiste de un trago, y en seguida me lanzaste la mirada de la pequeñuela que acaba de realizar la primera hazaña de su vida... Hemos nacido pasajeros de primera clase; pero, a diferencia del reglamento de los grandes barcos, aquello parecía prohibirnos las terceras clases.”

En este epígrafe se destaca, primeramente, la pertenencia a una clase privilegiada, y de la misma manera que en el texto de Bryce Echenique, se manifiesta la concepción de que la pertenencia a una clase se produce desde el nacimiento mismo (la tradición ancestral es determinante en este criterio).

La estratificación social limita al sujeto a desarrollarse en determinado ámbito, y toda acción que apunte a salirse de las demarcaciones de ese ámbito, es percibida como una transgresión. En consecuencia, la continuidad de todo un sistema identitario sólo podrá preservarse en la medida en que el sujeto acate la normativa de clase.

En el texto de Vailland hay un verbo que llama particularmente nuestra atención: “fascinaban”, porque se refiere a seres, objetos y acciones que están más allá de su ámbito social de adscripción. De este modo, actancialmente se produce un paralelismo entre el fragmento de Vailland y la novela de Bryce: los sujetos de deseo se encuentran atraídos por aquello que, de acuerdo con ciertos convencionalismos de clase, les está prohibido. La conjunción entre sujeto y objeto de deseo implicará soslayar una serie de preceptos establecidos y legitimados por un estrato social.

Otro punto en el que debemos poner atención es en el hecho de que los preceptos mencionados son presentados como una carga para los personajes por constituir una marca social. El legado, constituido por este patrimonio identitario, es percibido y vivido como un estigma. De este modo, la pertenencia a las clases referidas asume, al menos en determinadas circunstancias, un carácter disfórico para el sujeto. Este tipo de fenómenos son sintomáticos del debilitamiento del sistema axiológico en que se fundamenta la identidad de clase, por lo que es normal que en semejantes situaciones el sujeto se sienta fuertemente atraído por lo que está más allá de su visibilidad social habitual. La noción de **transgresión** empieza a revelarse como un vector que permite el ensamblaje entre los paratextos y el texto de recepción.

No obstante, a pesar de tal debilitamiento, el sistema axiológico continúa vigente, como se demuestra por el hecho de que algunas de las acciones transgresoras sean percibidas, tanto en el texto de Vailland como en el de Bryce, como una verdadera hazaña. En el primer caso es beber agua de la cantimplora de un soldado; en el segundo, este aspecto se muestra nítidamente en el episodio en que Julius sale a buscar al pintor norteamericano: “Claro que la aventura era como para asustar a cualquier niño de su edad, pero Julius, llevado por el ansia de encontrar al pintor Peter del mercado, olvidó el miedo y no se sintió perdido en ningún momento.” (p.59)

De acuerdo a lo dicho anteriormente, el texto de Vailland manifiesta simultáneamente la ruptura y la continuidad, par dicotómico que en *Un mundo para Julius* adquiere una gran importancia en la producción de sentido.

Es, pues, en virtud de las convergencias estructurales que se ha recurrido a estos epígrafes. Tal vez sea conveniente añadir que, al proceder a su análisis, no nos interesamos en la intención del autor, sino en la *intentio operis*. Es difícil determinar el grado de conciencia en cuanto a la complejidad de las implicaciones

semióticas en el instante en que se instaura una relación textual (paratextual en este caso) como la que nos ocupa.

Siendo más precisos, podemos decir que los epígrafes, tomados en su conjunto, conforman una especie de microsistema que manifiesta, en virtud de las convergencias estructurales mencionadas, la situación contrastiva entre dos discursos identitarios, cuya dinámica es excluyente en el sentido de que uno intenta desplazar al otro. Por otra parte, para que los paratextos puedan funcionar como un microsistema en relación a *Un mundo para Julius* deben ser semantizados por el texto englobante, de manera que se dará una reciprocidad en cuanto a los procesos y a las instrucciones de codificación/decodificación. Un epígrafe no puede ser interpretado libremente debido a los vínculos subordinantes que guarda con el texto de recepción, vínculos que, como se ha visto, se extienden más allá de la temática al involucrar zonas básicas del sentido textual.

De este modo, queda demostrada la importancia de la dicotomía ruptura/continuidad en la novela.

El pecado original como texto cultural.

Un aspecto fundamental del itinerario actancial de Julius es, pues, el sentirse atraído por objetos que en la mayor parte de las ocasiones se encuentran fuera de su ámbito de adscripción. Milagros Ezquerro (1983:98) se refiere a esta relación en los siguientes términos, si bien sólo menciona dos de los objetos:

Julius, dès qu'il sait marcher, est attiré par la section-serviteurs et par la carrosse, lieux interdits l'un et l'autre et qui de ce fait exercent sur l'enfant l'attrait du fruit défendu [...]

Ezquerro recurre a una fórmula discursiva cuyo contenido nos remite a un campo religioso-católico. Esto nos pone sobre la pista de elementos provenientes de dicho campo que se insertan en el texto que analizamos. Si prestamos un poco más de atención al itinerario actancial de Julius, veremos que presenta, parcialmente al menos, equivalencias con una estructura narrativa precedente: la del pecado original, a la que consideramos un texto cultural.

De acuerdo con Cros (1995:17-31), un texto cultural comprende un esquema narrativo que se presenta como un bien colectivo, disponible para cualquier usuario de la cultura desde el momento en que se sitúa en el conjunto de discursos existentes en una sociedad en una etapa determinada de su evolución

histórica. Este esquema narrativo, por tal motivo, presenta una marcada accesibilidad: depende, básicamente, de modelizaciones primarias.

Por esta naturaleza, un texto cultural es extremadamente maleable. Consta de un núcleo, en el cual las relaciones semióticas entre sus elementos son estables, tanto a nivel actancial como a nivel nocional. Tal estabilidad es la que permite la identificación del esquema narrativo. En la periferia de este núcleo, se localiza una serie de elementos variables, que es la que permite que el texto cultural se manifieste bajo apariencias diferentes. Por otro lado, su emergencia en un texto de recepción tiene siempre un carácter fragmentario: el esquema narrativo en cuestión se muestra parcialmente en distintos niveles textuales.

De esta manera, la primera articulación entre el pecado original y la novela de Bryce Echenique se produce a nivel de los itinerarios actanciales: en los dos casos la desobediencia se presenta como una cuestión capital: nos encontramos ante sujetos que, para lograr la conjunción con su objeto de deseo, deben soslayar una prohibición. La transgresión marca, pues, su actuación. Por otra parte, dichos sujetos tienen como motivación la intención de conocer lo que está más allá de la visibilidad limitada por la prohibición, por lo que, al llevar a cabo la acción de conocer, se hacen acreedores a una sanción. Transgredir equivale a dejar de lado los principios que rigen un espacio: el paraíso y la tradición ancestral, respectivamente, espacios que les son preexistentes. En este sentido, el título de la novela es muy significativo: *Un mundo para Julius*, un mundo que está dado de antemano, que contiene un orden que es necesario respetar, sin que al individuo se le conceda impunemente la posibilidad de una visión crítica, porque atentaría contra la estabilidad del orden.

En ambos casos, una de las problemáticas fundamentales es, entonces, la transgresión de la ley del padre. La obediencia es la única forma de no alterar la contitudad, de perpetuar al padre a través del respeto de ciertos principios a los que él se encuentra ligado.

De acuerdo a lo dicho anteriormente, la noción de transgresión también se localiza en el texto de Vailland, de lo que podemos deducir que esta noción constituye un vector estructural, que permite este engarce multitextual (por decirlo de alguna manera). En otras palabras, se manifiesta como el punto de convergencia entre ciertos conjuntos estructurales de los textos implicados.

El texto cultural se extiende de manera fragmentaria sobre el tejido del texto englobante y semantiza distintos niveles, de forma que viene a reforzar o poner de relieve diversas interrelaciones de carácter

actancial y nocional. Ahora podemos explicarnos con mayor claridad la razón por la cual Julius, al transgredir las normas que rigen su espacio de adscripción, activa la posibilidad de una sanción por parte de quienes representan el orden establecido. No hay que olvidar que, con respecto a los otros miembros de la familia, el protagonista tiene una relación hasta cierto punto marginal.

Otro punto de ensamblaje entre el pecado original y el texto englobante lo encontramos en el título de la primera parte de la novela: "El palacio original". El palacio no solamente tiene una función práctica (albergar a los miembros de la familia), sino también una función altamente simbólica: se halla ligado al nombre del padre y, consecuentemente, a los valores de la tradición ancestral. El origen de Julius está ligado a este espacio. La distribución de la estructura lingüística señalada nos remite, por su misma forma, a otra similar: "el pecado original". Lo que nos lleva a hacer esta afirmación es, por un lado, la asociación palacio-tradición, y por la otra, que el origen está presentado como un estigma. El hecho de pertenecer a una familia oligárquica se presenta bajo la forma de una marca angustiante para el protagonista, lo que determina su interacción con su medio y con medios ajenos a su espacio de adscripción.

Si consideramos de nuevo el fragmento de Vailland, veremos que salta a la vista la estigmatización asociada al origen. Lo anterior viene a confirmar el engarce multitextual del que hablábamos más arriba. Es más fácil explicarse ahora un aspecto de la configuración de Julius, la noción de la culpabilidad: el sentimiento de culpa es asociado frecuentemente a él, lo que está en relación con su origen.

Elementos primordiales del esquema narrativo del pecado original se plasman en otro pasaje de la novela. En la visita a la casa de los Lastarria, al encontrarse solos en el salón de piano, Cinthia le cuenta a Julius la historia del "tío abuelo romántico". En ella encontramos una variante del esquema narrativo que analizamos. El tío abuelo se enamoró de una señorita que, de acuerdo con el texto, "no era de su condición"; pese a las advertencias y las prohibiciones de su familia, él continuó frecuentándola hasta que a ella la ingresaron en un convento. La muchacha salió enferma, él tío se casó con ella; la joven murió al poco tiempo.

En esta variante encontramos, a nivel actorial, una proximidad mayor con respecto a la estructura narrativa original: los actores son de sexo opuesto (como Adán y Eva), y de manera conjunta desarrollan la acción de transgresión. Nuevamente nos hallamos ante un espacio preexistente regido por una serie de

normas que es necesario respetar; dichas normas están ligadas al padre, por lo que su vigencia viene a perpetuar su nombre. Cualquier acción transgresora representa una desestabilización del orden establecido, y convoca de manera inevitable la noción de **sanción**.

La pertenencia a una clase social dominante que protege celosamente sus valores identitarios y su linaje, representa un peso agobiante para el tío abuelo, dicho en otros términos, se manifiesta como un estigma. En este sentido encontramos un paralelismo con Julius y con los personajes del epígrafe de Vailland: en los roles que desempeñan se destaca fundamentalmente el soslayar la normatividad establecida (“vivida” disfóricamente, por decirlo de alguna manera) para conseguir el fin perseguido, sin importar su naturaleza (beber agua en una cantimplora, frecuentar a personajes de otra clase social, entrar en contacto con objetos fuera del espacio de adscripción de las clases privilegiadas, etc.).

Algo que debemos tener en cuenta es que todo elemento premodelizado que entra a formar parte de un nuevo sistema semiótico va a sufrir modificaciones en sus componentes. En lo que concierne al texto cultural abordado queremos destacar lo siguiente: en el pecado original la marca del **estigma** se materializa una vez realizada la acción de transgresión, después de que los personajes desobedecen la ley del padre. En cambio en *Un mundo para Julius*, esta marca es anterior a dicha acción. El nuevo sistema semiótico ha seleccionado y adaptado los elementos de la entidad premodelizada de acuerdo a sus estrategias específicas de construcción. No obstante, el vínculo origen-estigma permanece inalterado. De cualquier forma, es una de las relaciones semióticas más importantes del pecado original, y que por lo tanto permiten su legibilidad.

Comentario final.

Para finalizar queremos insistir en que el texto literario es uno de los tipos textuales que poseen un carácter multidualógico más acentuado. Un texto nunca surge de la nada, pues forzosamente debe recurrir a materiales premodelizados para su construcción. De este dialogismo hemos seleccionado priorotariamente, para el desarrollo de nuestro estudio, el que *Un mundo para Julius* establece con otros textos. Como hemos visto, esos textos son de naturaleza diferente: comprenden un refrán, textos literarios y un texto cultural. Todos ellos se relacionan con la novela de Bryce por el hecho de que coinciden con algunos aspectos de la problemática fundamental que ésta desarrolla. Así, vienen a reforzar la producción de sentido a distintos niveles: actancial, actorial, nocional, etc. Las relaciones paratextuales e intertextuales operan a nivel

estructural, por lo que no hay nada de circunstancial en su vinculación con el texto de recepción. Ambos tipos de entidad se codifican de manera compleja en la medida en que existen construcciones semióticas pertinentes para imbricarse. Si en este instante aislásemos por un momento del texto de recepción la materia pretextual con la que hemos trabajado, ésta nos proporcionaría de entrada algunas claves de lectura de *Un mundo para Julius*.

Las acciones transgresoras conducen, entonces, a una desestabilización del sistema legitimado por la tradición, de modo que se produce una alternancia entre la ruptura y la continuidad.

La inestabilidad del sistema identitario de clase se presenta como una de las problemáticas más importantes en la novela de Bryce, lo que nos pone sobre la pista de un proceso transformativo a nivel social que *Un mundo para Julius* transcribe bajo modalidades específicas. De este proceso nos habíamos ocupado en otros trabajos, por lo que sólo nos resta por señalar que en el multialogismo textual quedan comprendidas también las circunstancias sociohistóricas de su producción.

BIBLIOGRAFÍA

BRYCE ECHENIQUE, Alfredo. *Un mundo para Julius*, Barcelona, Argos-Vergara.

EZQUERRO, Milagos. *Théorie et fiction. Le nouveau roman hispano-américain*, Montpellier, Éditions du CERS (col. Études critiques).

FAVRE, Henri. 1970 "Misteriosa oligarquía", en François Bourricaud *et al.*, *La oligarquía en el Perú. Tres ensayos y una polémica*, México DF, Diógenes.

GONZÁLEZ VIDAL, Juan Carlos. 1997 "La tradición ancestral en *Un mundo para Julius*", en *Cotextes*, nº34, Montpellier, Éditions du CERS.

-----2005 *Constelaciones sociohistóricas y problemáticas sociales en Un mundo para Julius de Alfredo Bryce Echenique*, Morelia, UMSNH.